

LOS INTRUSOS

un cuento corto por Saki
1919

[1] Una noche de invierno, en un bosque de vegetación mixta, en algún lugar de las estribaciones orientales de los Cárpatos, un hombre se quedó observando y escuchando, como si esperara que alguna bestia del bosque se pusiera al alcance de su vista y, más tarde, de su rifle. Pero la caza, cuya presencia vigilaba con tanto ahínco, no era ninguna de las que figuraban en el calendario de los deportistas como lícitas y apropiadas para la persecución; Ulrich von Gradwitz vigilaba el oscuro bosque en busca de un enemigo humano.

[2] Los terrenos forestales de Gradwitz eran de gran extensión y estaban bien poblados de animales de caza; la estrecha franja de bosques precipitosos¹ de que se encontraba en su periferia no destacaba por la caza que albergaba² ni por la caza que ofrecía, pero era la más celosamente vigilada de todas las posesiones territoriales de su propietario. Un famoso litigio legal, en los días de su abuelo, lo había arrancado de la posesión ilegal de una familia vecina de pequeños terratenientes; la parte desposeída nunca había aceptado la sentencia de los tribunales, y una larga serie de escándalos de caza furtiva y otros similares habían amargado las relaciones entre las familias durante tres generaciones. La disputa entre los vecinos se había convertido en algo personal desde que Ulrich llegó a ser el jefe de su familia; si había un hombre en el mundo al que detestaba y al que deseaba el mal era Georg Znaeym, el heredero de la disputa y el incansable cazador y asaltante del bosque fronterizo en disputa. La enemistad podría haberse calmado o solucionado si la mala voluntad personal de los dos hombres no se hubiera interpuesto en el camino; cuando eran niños tenían sed de la sangre del otro, cuando eran hombres cada uno rezaba para que la desgracia cayera sobre el otro, y esta noche de invierno azotada por el viento Ulrich había reunido a sus guardabosques para vigilar el oscuro bosque, no en busca de una presa de cuatro patas, sino para vigilar a los ladrones que merodeaban desde el otro lado de la frontera. Los corzos, que normalmente se mantenían en los huecos protegidos durante el viento de la tormenta, corrían esta noche como cosas impulsadas, y había movimiento e inquietud entre las criaturas que solían dormir durante las horas de oscuridad. Sin duda había un elemento perturbador en el bosque, y Ulrich podía adivinar de dónde procedía.

[3] Se alejó por sí mismo de los vigilantes que había colocado en una emboscada en la cima de la colina, y vagó por las empinadas laderas en medio de la salvaje maraña de maleza, espiando a través de los troncos de los árboles y escuchando a través de los silbidos y remolinos del viento y el inquieto batir de las ramas para ver y oír a los merodeadores.³ Si tan solo en esta noche salvaje, en este lugar oscuro y solitario, pudiera cruzarse con Georg Znaeym, de hombre a hombre, sin que nadie lo presenciara, ese era el deseo que primaba en sus pensamientos. Y al rodear el tronco de una enorme haya⁴ se encontró cara a cara con el hombre que buscaba.

[4] Los dos enemigos se quedaron mirando el uno al otro durante un largo momento de silencio. Cada uno tenía un rifle en la mano, cada uno tenía odio en su corazón y el asesinato en su mente. Había llegado la oportunidad de dar rienda suelta a las pasiones de toda una vida. Pero un hombre que ha sido

¹ *precipitoso* (adjetivo): muy empinado o peligrosamente alto

² *albergar* (verbo): ser el hogar o el hábitat de

³ *merodeador* (sustantivo): uno que vaga de un lugar a otro haciendo ataques y asaltos

⁴ *haya* (sustantivo): un tipo árbol muy grande

educado bajo el código de una civilización restrictiva no puede atreverse fácilmente a disparar a su vecino a sangre fría y sin mediar palabra, salvo por una ofensa contra su hogar y su honor. Y antes de que el momento de vacilación diera paso a la acción, un hecho de la propia violencia de la naturaleza los abrumó a ambos. Un feroz chillido de la tormenta fue respondido por un estruendo sobre sus cabezas, y antes de que pudieran saltar a un lado, una masa de árbol de haya caía atronadoramente sobre ellos. Ulrich von Gradwitz se encontró estirado en el suelo, con un brazo entumecido bajo él y el otro sujeto casi con la misma impotencia en una apretada maraña de ramas bifurcadas, mientras que ambas piernas estaban inmovilizadas bajo la masa caída. Sus pesadas botas de tiro habían salvado sus pies de ser aplastados en pedazos, pero si sus fracturas no eran tan graves como podrían haber sido, al menos era evidente que no podría moverse de su posición actual hasta que alguien viniera a liberarlo. La rama que descendía le había cortado la piel de la cara, y tuvo que guiñar el ojo para apartar algunas gotas de sangre de sus pestañas antes de poder tener una visión general del desastre. A su lado, tan cerca que en circunstancias normales casi podría haberlo tocado, yacía Georg Znaeym, vivo y luchando, pero obviamente tan indefenso como él. A su alrededor había un montón de ramas astilladas y ramas rotas.

[5] El alivio por estar vivo y la exasperación por su situación de cautivo provocaron una extraña mezcla de piadosos agradecimientos y agudas maldiciones en los labios de Ulrich. Georg, que estaba cegado por la sangre que le corría por los ojos, detuvo su lucha por un momento para escuchar, y luego soltó una risa corta y gruñona.

[6] “Así que no te han matado, como debería ser, pero te han cogido, de todos modos”, gritó; “te han cogido rápido. Jo, qué broma, Ulrich von Gradwitz atrapado en su bosque robado. ¡Hay justicia real para ti!”

[7] Y volvió a reírse, burlona y salvajemente.

[8] “Estoy atrapado en mi propia tierra del bosque”, replicó Ulrich. “Cuando mis hombres vengán a liberarnos desearás, tal vez, estar en mejor situación que haber sido atrapado cazando furtivamente en la tierra de un vecino, qué vergüenza”.

[9] Georg guardó silencio un momento; luego respondió en voz baja:

[10] “¿Estás seguro de que tus hombres encontrarán mucho que liberar? También tengo hombres en el bosque esta noche, cerca de mí, y ellos llegarán primero y harán el relevo. Cuando me saquen de debajo de estas malditas ramas, no hará falta mucha torpeza por su parte para que esta masa de troncos caiga sobre ti. Tus hombres te encontrarán muerto bajo un árbol de haya caído. Como formalidad, enviaré mis condolencias a tu familia”.

[11] “Es una pista útil”, dijo Ulrich con fiereza. “Mis hombres tenían órdenes que cumplir en diez minutos, de los cuales ya deben haber pasado siete, y cuando me saquen... recordaré la pista. Solo que como habrás encontrado la muerte cazando furtivamente en mis tierras no creo que pueda enviar decentemente ningún mensaje de condolencia a tu familia”.

[12] “Bien”, gruñó Georg, “bien”. Lucharemos a muerte en esta disputa, tú y yo y nuestros guardabosques, sin que ningún maldito intruso se interponga entre nosotros. Muerte y condenación para ti, Ulrich von Gradwitz”.

[13] “Lo mismo para ti, Georg Znaeym, ladrón de bosques, cazador”.

[14] Ambos hombres hablaban con la amargura de una posible derrota ante ellos, pues cada uno sabía que podía pasar mucho tiempo antes de que sus hombres los buscaran o encontraran; era una mera cuestión de azar qué parte llegaría primero a la escena.

[15] Ambos habían abandonado la inútil lucha por liberarse de la masa de madera que los sujetaba; Ulrich se limitó sus esfuerzos a intentar acercar su único brazo parcialmente libre al bolsillo de su abrigo para sacar su frasco de vino. Incluso cuando logró esa operación, pasó mucho tiempo antes de que pudiera desenroscar el tapón o hacer pasar algo de líquido por su garganta. Pero, ¡qué trago enviado por el cielo parecía! Era un invierno abierto, y había caído poca nieve todavía, por lo que los cautivos sufrieron menos el frío de lo que podría haber sido el caso en esa época del año; sin embargo, el vino calentaba y reanimaba al hombre herido, y miró con algo parecido a un latido de piedad hacia donde yacía su enemigo, evitando que los gemidos de dolor y cansancio cruzaran sus labios.

[16] “¿Podrías alcanzar este frasco si te lo lanzara?”, preguntó Ulrich de repente; “hay buen vino en él, y uno puede estar tan cómodo como pueda. Bebamos, aunque esta noche muera uno de nosotros”.

[17] “No, casi no puedo ver nada; hay tanta sangre acumulada alrededor de mis ojos”, dijo Georg, “y de cualquier modo no bebo vino con un enemigo”.

[18] Ulrich guardó silencio durante unos minutos, y se quedó escuchando el cansino chirrido del viento. Una idea se estaba formando y creciendo lentamente en su cerebro, una idea que ganaba fuerza cada vez que miraba al hombre que luchaba tan duramente contra el dolor y el agotamiento. En el dolor y la languidez que el propio Ulrich sentía, el antiguo odio feroz parecía apagarse.

[19] “Vecino”, dijo enseguida, “haz lo que quieras si tus hombres vienen primero. Era un pacto justo. Pero en cuanto a mí, he cambiado de opinión. Si mis hombres son los primeros en llegar, tú serás el primero en ser ayudado, como si fueras mi invitado. Nos hemos peleado como demonios toda la vida por esta estúpida franja de bosque, en la que los árboles ni siquiera pueden mantenerse erguidos con un soplido de viento. Esta noche, tumbado aquí, he llegado a pensar que hemos sido bastante tontos; hay cosas mejores en la vida que salir airoso de una disputa de límites. Vecino, si me ayudas a enterrar la vieja disputa, te pediré que seas mi amigo”.

[20] Georg Znaeym permaneció en silencio durante tanto tiempo que Ulrich pensó que, tal vez, se había desmayado por el dolor de sus heridas. Luego habló despacio y a tirones.

[21] “Cómo se quedaría toda la región mirando y cotorreando⁵ si entráramos juntos a la plaza del mercado. Nadie que viva puede recordar haber visto a un Znaeym y a un von Gradwitz hablando entre ellos de forma amistosa. Y qué paz habría entre la gente del bosque si termináramos nuestra disputa esta noche. Y si elegimos hacer la paz entre nuestra gente no hay nadie más que interfiera, ningún intruso de fuera... Tú vendrías y celebrarías el día de San Silvestre⁶ bajo mi techo, y yo vendría a festejar algún día alto en tu castillo... Nunca dispararía un tiro en tu tierra, salvo cuando me invites como huésped; y deberías venir a disparar conmigo en los pantanos donde están las aves silvestres. En todo el campo no hay nadie que pueda obstaculizar si queremos hacer la paz. Nunca pensé que quería hacer otra cosa que

⁵ *cotorrear* (verbo): hablar rápido y de forma ininteligible

⁶ *Día de San Silvestre* (sustantivo): una celebración y fiesta cristiana que se celebra a finales de diciembre o principios de enero

odiarte toda mi vida, pero creo que también he cambiado de opinión sobre las cosas, esta última media hora. Y me ofreciste tu frasco de vino... Ulrich von Gradwitz, seré tu amigo”.

[22] Durante un espacio, ambos hombres guardaron silencio, dándole vueltas a los maravillosos cambios que esta dramática reconciliación provocaría. En el frío y sombrío bosque, con el viento desgarrando en ráfagas irregulares a través de las ramas desnudas y silbando alrededor de los troncos de los árboles, se acostaron y esperaron la ayuda que ahora traería la liberación y el socorro a ambas partes. Y cada uno rezó una oración privada para que sus hombres fueran los primeros en llegar, para poder ser el primero en mostrar una atención honorable al enemigo que se había convertido en amigo.

[23] En ese momento, cuando el viento amainó por un instante, Ulrich rompió el silencio.

[24] “Gritemos para pedir ayuda”, dijo; “en esta tregua nuestras voces pueden llegar un poco lejos”.

[25] “No llegarán muy lejos a través de los árboles y la maleza”, dijo Georg, “pero podemos intentarlo. Juntos, entonces”.

[26] Los dos alzaron la voz en una prolongada llamada de caza.

[27] “Juntos de nuevo”, dijo Ulrich unos minutos después, tras escuchar en vano un halo de respuesta.

[28] “No he oído nada más que el pestilente⁷ viento”, dijo Georg con voz ronca.

[29] Volvió a haber silencio durante algunos minutos, y luego Ulrich lanzó un grito de alegría. “Puedo ver figuras que vienen a través del bosque.

[30] Están siguiendo el camino por el que bajé la ladera”.

[31] Ambos hombres alzaron la voz en un grito tan fuerte como pudieron reunir.

[32] “¡Nos escuchan! Se han detenido. Ahora nos ven. Están corriendo colina abajo hacia nosotros”, gritó Ulrich.

[33] “¿Cuántos son?”, preguntó Georg.

[34] “No puedo ver con claridad”, dijo Ulrich; “nueve o diez”,

[35] “Entonces son tuyos”, dijo Georg; “solo tenía siete conmigo”.

[36] “Corren a toda la velocidad que pueden, valientes”, dijo Ulrich con alegría.

[37] “¿Son sus hombres?”, preguntó Georg. “¿Son tus hombres?”, repitió impaciente al ver que Ulrich no respondía.

[38] “No”, dijo Ulrich con una carcajada, la risa idiota y parlanchina de un hombre desquiciado por un miedo atroz.

⁷ *pestilente* (adjetivo): En este contexto, “pestilente” significa muy molesto o irritante.

[39] “¿Quiénes son?”, preguntó rápidamente Georg, forzando la vista para ver lo que el otro hubiera preferido no ver.

[40] “Lobos”.

Fuente:

Munro, H. (Saki). (1919) The Interlopers. The toys of peace and other papers.